

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre*, (continuacion,) por María del Pilar Sinués de Marco.—*La Ulla*, poesia, por don Fernando Martinez Pedrosa.—*La Navidad*, por el Conde de Fabraquer,—\*\*\*, poesia, por D. G. Adolfo Becquer.—*Hijo por hijo*, (continuacion) por doña María Mendoza de Vives.—*Modas*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.—*LÁMINAS*, Un pliego de dibujos.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

### HIJA.

(Continuacion).

XLIII.

CAMILO DE PEÑAFIEL A LA SRA. CONDESA DE CAMPOVERDE.

París, Octubre de 18...

Tengo el honor, Sra. Condesa, de pedir á usted la mano de su hija, la señorita Clara de Campoverde.

Soy el conde Camilo de Peñafiel: mi padre se llamaba como yo, y hacia justicia á las bellas cualidades del carácter y del corazon de V.

En cuanto á mi madre, era aquella hermosa condesa Laura, tan tierna, tan amable, tan caritativa para los desgraciados, tan buena para todos.

Usted la recordará, señora, y sabrá que no hay exageracion en lo que digo.

Era V. su mejor amiga, y esto basta para que, al saber yo que la boda de la Srta. Clara con el marqués de Montemar se ha deshecho, haya decidido casarme con ella, si me cree, lo mismo que V., digno de este honor.

Si yo dijera que estoy enamorado de ella, señora, mentira; y no lo diré porque no sé mentir: pero lo que sí debo asegurar á V., para su tranquilidad, es que la amaré con el tiempo,  
Año I.—Núm. 47.

que la haré dichosa, y que jamás tendrá V. motivo de arrepentirse por habérmela dado.

Ahora, señora Condesa, me toca hablar á usted un poco de otras cosas para que se decida á aceptarme, lo que será para mí una gran alegría, ó á rechazarme, en lo que recibiré un verdadero pesar.

Soy un hombre de honor, y esto lo creará fácilmente, habiendo conocido á mis padres: así no dudará de mi veracidad al decirle yo que en lo físico me parezco á ellos, y tambien un poco en lo moral: en cuanto á mi fortuna, solo quedan restos de ella, y eso que era magnífica: pero mis locuras y el haber hecho muchos favores á otros tantos ingratos, se la han llevado casi toda; apenas me quedan de cinco á seis mil duros de renta, segun he visto al poner en orden mis asuntos para aclarar lo que podia ofrecer á la Srta. Clara: esto le parecerá á V. muy poco si recuerda que la de mi padre ascendia á algunos millones: pero yo no me creo pobre, y aun sin nada, me creeria rico, puesto que soy abogado, y sé pintar lo bastante para ganar el pan necesario á mi familia y á mí.

Clara vivirá con la decencia que conviene á su ilustre nombre, y al no menos elevado que yo voy á darle; no podrá derrochar, pero no tendrá privaciones: todas aquellas pequeñeces que una jóven esposa apetece y necesita para ser feliz, yo se las procuraré por medios honrosos: nada mas puedo ofrecerle, señora: dígame V. si lo cree bastante.

Fijaremos nuestra residencia en Madrid: no trato de separarla de su madre, pero pasaremos cada año, ó cada dos, tres meses en París, y todos los años otros tres meses en el campo.

Nuestros gastos serán modestos; pero ella los arreglará sin hacer yo otra cosa que darle algun consejo y encargarle que tome los de V.

Por mi parte, solo quiero que tenga un modesto carruaje; no me conformo con que ande á pié sino cuando lo prefiera.

Iremos poco á las fiestas del gran mundo;  
24 de diciembre de 1864.

pero no desapareceremos por completo de él: los condes de Peñafiel tendrán su sitio en la sociedad que no deben abandonar.

A nuestra mesa se sentarán siempre los necesitados, pero nunca los parásitos.

Clara arreglará la servidumbre y los gastos de mesa segun los ingresos: tendrá un caballo de silla y yo otro para dar largos paseos; ambos de subido precio y pura raza; en una palabra, no carecerá de nada que sea indispensable para su decencia, recreo y comodidad; pero me pesará mucho que haga á la vanidad el menor sacrificio.

Hé aquí lo que soy y lo que seré, señora Condesa; un hombre honrado, pero pobre: me parece que es lo que una madre, como V., deseará para su hija.

Si ella me admite, si cree que podrá ser dichosa á mi lado, respóndame lo antes posible; solo espero su carta para ponerme en camino, á fin de celebrar en seguida nuestro enlace.

Hasta que tenga la dicha de llamarme su hijo, soy, señora Condesa, su mas respetuoso servidor

Q. B. S. P.

CAMILO, CONDE DE PEÑAFIEL.

#### XLIV.

LA CONDESA Á CAMILO.

*Urrea de Jalon, Octubre de 18...*

He recibido, señor Conde, la apreciable carta de V. que he enseñado á mi hija: yo he derramado lágrfmas de gratitud al leerla, y ella tambien: ambas admitimos la oferta que nos hace como un rasgo de generosidad.

Clara será su esposa, con alegría, con gratitud: su pobre espíritu, abatido con lo que ella llamaba su afrenta, se ha reanimado; ya he visto aparecer en sus mejillas el bello color de rosa que para siempre creía huido: ya brillan sus grandes ojos negros: ya le ama á V! su alma altiva y generosa sabe apreciar toda la grandeza de su oferta, y la admite con la misma noble franqueza con que V. se la hace.

—¿Por qué te habla de su fortuna? me ha dicho despues de leer su carta de V.; lo mismo le admitiria y le amaria si fuera un pobre artista: lo mismo si fuera cojo, manco, ó le faltase un ojo! ¡lo que le ha conquistado mi corazon, es su nobleza... casi puedo decir, su caridad!

Y sin embargo, señor Conde, V. debe saber que se ha deshecho la boda de mi hija por el mismo marques de Montemar, y este, para escusar su inconsecuencia, le habrá pintado á mi pobre Clara con odiosos colores...! Esta idea me estremece y tambien á ella... pero no im-

porta! tanto mas agradablemente se sorprenderá al verla: porque mi Clara es hermosa y es buena, á pesar de su carácter altivo é impetuoso. El amor hará de ella una mujer sublime; yo lo espero... estoy segura de que sucederá.

¡Con qué ansia le esperamos á V., ó mas bien, te esperamos, mi querido hijo! Bien te puedo llamar así, porque muchas veces, muchas, te he mecido cuando tenias pocos dias; yo contaba algunos años menos que tu madre, y, sin embargo, ella era tambien muy jóven! era una niña adorable y adorada de cuantos la trataban, y en la que no he dejado de pensar ni un solo dia desde que la perdí.

—¿Será bien parecido, madre mia? me decia hoy Clara: ¿se parecerá á su padre ó á su madre?

—A cualquiera de los dos que se asemeje, debe serlo, le respondí yo; su madre era un ángel de hermosura: su padre, el tipo acabado de la belleza varonil: además, ¿no ves que él mismo dice que se parece á los dos?

—¡Oh! ¡es que seria demasiada felicidad! exclamó ella alzando al cielo su rostro radiante de ventura y lleno de lágrimas.

Camilo, pues así te llamaré ya, tambien mi hija es pobre, tú lo debes saber, y quizá el saberlo es una de las razones que te hacen pedir su mano: puedo darle poco, porque mi fortuna ha padecido grandes reveses: sin embargo, el arreglo de vuestra casa, modesto sí, pero elegante, es de cuenta mia; su equipaje tambien, y Clara hallará en su gabeta una suma para que podais vivir el primer año, hasta que regulariceis tus rentas: no rehuséis estos modestos dones, Camilo; á veces es tambien una delicada generosidad el admitir.

Puedo dar tambien á Clara la casita de campo que ha de albergaros una parte del año, y algunas tierras colindantes: y para tranquilizarte, te aseguro que soy mas espléndida con mi hija menor, que se casa con un jóven que no es otra cosa que el hijo de un honrado aldeano.

Ven, pues, Camilo, y te casarás con Clara el mismo dia que ellos; mis hijas lo desean, y yo tendria esto como un buen presagio para el porvenir.

Yo estoy tranquila y contenta, y solo hay una nube en mi felicidad: mi amiga la Mariscala, la madre de César, está peligrosamente enferma: su hijo se casa con la hija de un vecino de este pueblo: ¿no hay remedio! todas las reflexiones que se le han hecho para que desista, han sidó inútiles: se casa el mismo dia que mi hija Mérida en el oratorio del castillo; la Mariscala me ha dicho que, enferma y todo, quiere irse á la ciudad para no hallarse aquí el

dia que se verifique tan odioso enlace: ven tu, Camilo; las diligencias se harán al instante, y yo tendré quizá el consuelo de retener á mi pobre amiga, que adora á Clara, y se quedará por amor á ella, ya que no por amor á su hijo.

Os estoy arreglando la habitacion que yo ocupaba y que os cedo porque es hermosa y capaz: yo, sola, viviré ahora en cualquiera parte... mañana salgo para Madrid, á fin de darle la última mano, y Clara me acompañará.

Ella te dice que te espera, y yo te pido que apresures tu llegada para que sea completa nuestra felicidad!

LA CONDESA DE CAMPOVERDE.

(Se continuará).

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

### LA LILA.

En el album de mi buena amiga la Sra. do Castro y Barceló.

Esta es la flor hechicera,  
esta es la flor seductora,  
que nació ¡quién lo dijera!  
del rocío de la aurora,  
un día de primavera!

Yo ignoro qué existe en mi  
desde el punto en que la ví,  
pero turbó mi razon  
un no se qué que sentí  
dentro de mi corazón.

Mientras su aroma aspiraba,  
una luz entreveía  
que mi mente iluminaba;  
y ella crecía, crecía,  
y yo crecía y amaba!

Fuí feliz! pero la flor  
murió, y con ella mi fé:  
largos días la lloré,  
y en andechas de dolor  
la paz del viento turbé.

Y horas y horas ví pasar  
en desconsuelo profundo,  
fija mi vista en el mar,  
á donde van á parar  
las lágrimas de este mundo.

Mas cuando el mal que aniquila  
iba apagando mi aliento,  
ví florecer una lila  
dando á mi alma intranquila  
otra flor, el sentimiento!

Sentir! ventura suprema  
indefinible y vedada  
al humano teorema;  
que alza mundos de la nada,  
y hace del hombre un poema!

Sin saber sentir amores,  
tumba es la vida de horrores;  
torvo anatema de espanto,  
sin armonias, ni llanto,  
ni estrellas, nubes y flores!

Ah! que aun brilla y reverbera  
y morirá con mi muerte  
el resplandor de la hoguera  
que encendió en mi pecho inerte  
de amor la ilusion primera!

Aun mis ensueños colora,  
mis desencantos encanta,  
mis inquietudes devora,  
y mis esperanzas dora,  
y mis desdichas espanta.

Así, en mi triste agonía  
la lila de casto broche  
dulces memorias me envía;  
y es el rayo de mi día,  
y el lucero de mi noche.

Y es la gentil seductora  
pura, lozana, hechicera,  
flor de mi dicha primera;  
y es destello de la aurora  
que alumbró mi primavera!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

### LA NAVIDAD.

EN LA EDAD MEDIA.—EN NUESTROS DIAS.

A pesar de los disgustos de la vida, la religion ha encontrado el medio de perpetuar de raza en raza, de edad en edad, algunos momentos de solaz y de contento á millones de seres desgraciados. Cuando por los rigores del invierno la tierra se ve despojada de su adorno y los árboles de sus verdes hojas, las familias reunidas en torno del hogar doméstico celebran la fiesta del Nacimiento de Jesus, que viene á regocijar las almas de los cristianos. ¡Noche grande de salvacion y de milagro, que los Profetas habian anunciado desde largo tiempo! ¡Noche celeste, en que la estrella, feliz mensajero, conduce á los reyes y á los pastores ante la cuna de un Dios Redentor!

Para celebrarla, se entregan los católicos al júbilo y á la alegría, lo mismo en las populosas ciudades que en las pequeñas aldeas, donde en-

cienden hogueras, y las jóvenes cantan himnos pastoriles, y los niños tocan rústicos instrumentos; admirados de verse levantados á hora tan avanzada de la noche, y en medio de la oscuridad de ella, guardando por mucho tiempo en su infantil memoria el recuerdo de esta fiesta, y deseando la vuelta de su aniversario.

La mas hermosa fiesta católica debia ser tambien la mas hermosa de las fiestas de familia; y este fausto suceso se ha celebrado, si bien de distintas maneras, en todas las épocas y en todas las edades.

El año de 4004, de la Creacion del mundo, poco mas de mil años despues de la fundacion del templo de Jerusalem, cuando hacia 754 que se habian levantado los muros de la soberbia Roma, veinte y nueve años despues de la batalla de Accio, Jesucristo, Hijo de Dios en la eternidad, hijo de Abraham y de David en el tiempo, nació de una Virgen. Las grandes contiendas que agitaron el mundo habian cesado. Doce años hacia que disfrutaba el universo de una paz general. La monarquía romana, la última de las cuatro grandes monarquías, que, segun el profeta Daniel, debian sucederse antes del nacimiento del Mesías, se hallaba sólidamente cimentada sobre las ruinas de la república. Octavio Augusto era el árbitro absoluto de los romanos, de Roma y del universo; Heródes era el Tetrarca de Galilea: y habiendo cesado el estruendo de las armas, daba lugar á que se oyese la voz de Jesucristo, voz que debia resonar en el desierto y en las alturas del Gólgota.

Augusto manda que todos los súbditos del imperio se empadronen en los sitios que se les indican, con arreglo á sus provincias, sus ciudades y familias; era un encabezamiento general, con el objeto de saber las fuerzas y riquezas de cada provincia. El procónsul Quirino recibe el cargo de formar la estadística de Siria y Palestina. Los descendientes de David son citados para inscribirse en el padron general en Belen, pequeña poblacion de la tribu de Judá, á dos leguas de Jerusalem. Quería Dios manifestar al universo entero que Jesucristo era de la casa de David y de la tribu de Judá, como lo habian anunciado anticipadamente todas las profecías.

José y María obedecen, como toda la tierra, las órdenes de Augusto. Salen de Nazareth, donde se hallaban establecidos, y marchan á Belen. María tocaba en el término de su embarazo. Belen, pequeño pueblo, se hallaba lleno de gente. La Virgen María y su esposo, no hallando donde hospedarse, y fatigados por el penoso viaje, se retiran á un sitio abierto á todos, á un portal abandonado, que servía de establo á una mula y un buey. En aquel humilde sitio sorprende el momento del parto á la Madre de

Dios, que, si bien da á luz á su divino Hijo, sin sufrir los dolores que pasan otras madres, no tiene en cambio una miserable cuna en que mecerle, ni unos toscos pañales con que abrigarle. Así se justifican las palabras que pronunció despues Jesucristo: «El Hijo del Hombre no tiene un sitio suyo, ni un asilo donde apoyar su cabeza.» Empero dos grandes milagros anuncian el nacimiento del Hijo de Dios. Tres reyes magos se ponen en marcha desde los países del Oriente, y van á prosternarse ante la cuna de un niño, y á rodearle de perfumes y homenajes. Un ángel, que se aparece á unos pastores ocupados en apacentar sus ganados, les anuncia que en la ciudad de David ha nacido un Salvador, que es Cristo, y que este Cristo, es un infante envuelto en paja miserablemente, y tendido en un pesebre. Así los pastores y los reyes magos, los primeros y los últimos de la tierra, son convocados en un establo para glorificar al Hijo de Dios, al Rey de los reyes, á aquel por cuyo nacimiento los ángeles habian anunciado á la tierra, gloria en las alturas, paz á los hombres!...

Este es el grande misterio que celebra la Iglesia y las naciones; la Iglesia, preparándose antes por medio del Adviento, que son las cuatro semanas que preceden á este gran dia, con sagrado á celebrar el misterio de Belen; institucion que sube á los primitivos tiempos del cristianismo, y aun al tiempo de los Apóstoles; tiempo consagrado en los primeros siglos á la mas severa penitencia, y en que la Iglesia ordenaba penitencias á los fieles, pero que con el trascurso del tiempo la Iglesia misma lo ha ido modificando y reduciendo á un simple dia de ayuno.

La Natividad se celebraba en la edad media como se celebra hoy, pero con la diferencia que naturalmente han introducido las costumbres tan diversas de estas épocas. Entonces los señores y todos los vasallos se adornaban de sus mas ricos vestidos, iban á la habitacion del señor principal ó jefe, y allí con toda clase de instrumentos se ocupaban en bailar y cantar, desde las nueve hasta la media noche, durante los cuatro domingos que preceden á la fiesta de la Navidad. En este dia iban al parque, donde se hallaban encerrados los animales que se habian secuestrado á los vasallos por haber hecho algún daño en los dominios señoriales; y el preboste y el senescal, despues de haber hecho la señal de la cruz, y haber dicho tres veces en alta é inteligible voz, *pax, pax sit inter vos*, hacia devolver á sus dueños los animales detenidos, indultando á los amos de los daños causados á su señor.

Apenas se habia estinguido la luz del dia, los habitantes del país apagaban cuidadosamen-

te sus hogares, é iban á encender una tea en la lámpara que ardía en la iglesia, en honor de la Madre de Jesus. Un sacerdote bendecía estas teas ó ramas de árboles, preparadas con resina, y los habitantes marchaban gozosos al través de los campos agitando estas antorchas, cuyo fuego bendito y regenerado debía servir para encender la apagada chimenea de su hogar. El resto de esta tea se conservaba cuidadosamente de un año para otro. El padre de familias, acompañado de sus hijos y criados, iba al sitio donde la habia guardado el año anterior; y trayendo solemnemente aquellos tizones, el abuelo, ó el mas anciano de la familia, los colocaba en el hogar, todos se hincaban de rodillas, y recitaban el Padre nuestro, mientras que dos criados traian pausadamente un nuevo tronco. A estos se les llamaba tronco 1.º, 2.º, 3.º... 20.º ó 30.º, lo que significaba que el padre de la familia habia ya presidido una vez, dos, tres, cuatro... veinte ó treinta, semejante solemnidad. El tronco que se buscaba para quemar la noche de Navidad, era siempre el mas grande que se podia encontrar.

A las doce de la noche todos los juegos y placeres cesaban. Al primer sonido de la campana los fieles marchaban á la iglesia con antorchas en la mano, cuya vacilante luz interrumpian solo las tinieblas de la noche. El sacerdote, antes de cantar el Prefacio, tomaba un pequeño plato, en que habia un pedazo de pan y una botella de vino, y lo presentaba al señor, quién, despues de haber bebido y comido, devolvía el plato y la botella al sacerdote, y este, colocándolo sobre el altar, continuaba el sacrificio. Concluida la misa, todos los asistentes se retiraban, entonaban cánticos é himnos pastoriles, y se volvian á sus casas á calentarse al calor del tronco de Navidad, y á hacer la colacion, que no era sino una suntuosa cena, en que se reunian toda la familia y todos los amigos.

Desde el siglo V habia tres misas destinadas para la noche y dia de Navidad; estas tres misas se tenian en Roma en tres estaciones, que se hallaban indicadas por el Papa San Gregorio para el servicio divino. La primera era en la iglesia de Santa María por la noche. En esta iglesia hemos visto nosotros cómo se conserva con el mas religioso respeto el pesebre mismo donde fué depositado el Salvador del mundo; solo la noche solemne de la Navidad se descubre esta reliquia tan preciosa para el cristianismo; el resto del año permanece cuidadosamente cerrada, y en su lugar solo se ve una magnífica escultura debida al cincel de Bernini, escultura que es la admiracion de los extranjeros, y que nosotros hemos muchas veces contemplado. La segunda misa se celebraba al rayar la aurora en la iglesia de Santa Anastasia, cuya memoria

es honrada tambien en este dia; y la tercera se celebraba en la suntuosa iglesia de San Pedro á la hora ordinaria de las grandes festividades. La primera de estas tres misas tenia por objeto honrar particularmente el momento del nacimiento del Salvador; en la segunda se celebraba el anuncio del Angel á los pastores; y la tercera era en celebridad de este misterio tan grande, en que Dios se hizo hombre para salvar al género humano.

En nuestros tiempos, á pesar de haberse perdido las costumbres patriarcales, todavia las fiestas de Navidad conservan el colorido y sentimiento de los primitivos.

El pueblo se entrega á todo género de diversiones; hay una tregua para los sinsabores de la vida; y jóvenes y niños recorren las calles con instrumentos rústicos y pastoriles, entonando cantares en loor de tan sagrado misterio. Si se ha perdido la costumbre de quemar en el hogar doméstico el tronco de Navidad, subsiste aun la de reunirse las familias y los amigos á celebrar la colacion. Es tambien la época del año en que los parientes y los amigos se dan recíprocas muestras de afecto, cambiando presentes, que en un principio eran solo de cosas de comer, pero que el lujo, que ha invadido todas las cosas del siglo, ha convertido ya en objetos de mas valor.

Se siguen celebrando las tres misas; empero la mas concurrida por la parte del pueblo, que mas conserva las tradiciones antiguas por la clase menos acomodada, y en que menos mella hacen las costumbres del siglo, es la misa de media noche, llamada misa del Gallo; misa que por la hora y la clase de gentes que constituyen en su mayoría la concurrencia, así como por la demasiada alegría de que se halla animada por la festividad de la noche, ha sido suspendida algunas veces por las frecuentes irreverencias que se cometian en los templos, siendo doloroso el ver unidas á tradicion tan cristiana, cuando se celebra por la Iglesia uno de los mas grandes misterios de nuestra augusta religion, costumbres que se resienten de los tiempos del paganismo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

\*\*\*

Llegó la noche y no encontré un asilo.  
Y tuve sed! Mis lágrimas bebí.  
Y tuve hambre! Los hinchados ojos  
Cerré para morir!  
¿Estaba en un desierto? Aunque á mi oído  
De las turbas zumbaba el ronco hervir,  
Yo era huérfano y pobre. El mundo estaba  
Desierto....para mí.

G. ADOLFO BECQUER.

## HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion.)

Hechas en menos de un segundo todas estas reflexiones, salió solícita para admirarlos á todos con su obra de misericordia.

Compréndase, pues, su alegría con la petición de Peralta; sin embargo, mantúvola ignorada no solo de los estraños, sino hasta de Salvador, que solo llegó á sospecharla al verle menudear sus visitas, y á Coloma recibirlas con tristísima y dolorosa resignacion.

Irritado por la reserva de su madre, negóse á acompañarla mas á casa de Eulalia, comenzando á mostrar á esta una marcada frialdad.

Vengóse la señora Tuyas reduciendo á la menor expresion la cantidad que para sus gastos particulares le daba semanalmente, y ofendido por ello el jóven, rechazóla toda con orgullosa altivez. Tuvieron madre é hijo un violento altercado, de cuyas resultas él, ciego de cólera, salió de la casa diciendo que no le volveria á ver.

Esto sucedia en ocasion en que Peralta se encontraba en la villa, pues su presencia, como la de las gaviotas para los marinos, era siempre para aquella familia mensajera segura de tempestades.

Pasáronse veinte y cuatro horas sin que Salvador pareciera, y la madre, que despreció al pronto su amenaza, comenzaba á sentir una angustiosa inquietud, cuando entró el forastero.

Al ver desierto el taller, no pudo prescindir de preguntar por el jóven, y la señora Tuyas de iniciarle en parte del secreto.

Escuchóla Peralta sin desplegar los lábios, y cuando hubo concluido:

—Tranquilizaos, le dijo, acabo de dejarle entre unos cuantos jóvenes de cabezas ligeras,

—¡En dónde! decidme en dónde, é iré yo misma.

—¡Y os rebajareis hasta ese extremo, amen del escándalo que eso daría!

—Es verdad, repuso la maestra, y se quedó pensativa.

—Yo iré, si quereis, en vuestro nombre; pero cuenta, si consigo traerle, cómo le recibís!

—Id, id, y que Dios os lo premie.

Salió Peralta, y la señora Tuyas, mas tranquila ya, comenzó á ponderar á la triste Coloma las buenas cualidades del que le destinaba para esposo: la jóven no dió otra respuesta que lágrimas; además de la desgracia que era para ella aquel enlace, comprendia por instin-

to el ódio que su sola idea inspiraba á Salvador contra el forastero, y sentia un intenso pesar de que se pusiesen en contacto. Pero ¡cuál no sería su sorpresa cuando, pasada una hora, aparecieron los dos! Salvador viendo sus lágrimas comprendió que su ausencia se las habia arrancado, y alegróse del disgusto por aquella silenciosa prueba de cariño. ¡Tan egoista por lo general es el amor de los hombres!

¡Pobres jóvenes! en vano se levantaba una muralla entre ellos; ni una palabra habian en muchos meses pronunciado sus labios de aquel recíproco cariño que guardaban en el fondo de sus corazones, y, sin embargo, él comprendia que, cual el suyo, se aumentaba el de Coloma con la ruda oposicion de su madre, por mas reservada é indiferente que apareciese á todo; comprendia el disgusto por aquella proyectada union, y el silencio que las amenazas de su madre obligaban á guardar á la tímida jóven; y ella á su vez leia en los ojos de Salvador, tan habladores como silenciosa su boca, que por su amor arrostraba la cólera de la maestra oponiéndose abiertamente á sus deseos.

Una sola mirada les bastaba para comprenderse, como basta á dos árboles distantes una ráfaga de viento para llevarles el germen de sus flores.

Ni una reconvencion, ni una queja se pronunció á la llegada del jóven, que venia extraordinariamente pálido, y que entró en la tienda y comenzó á trabajar.

Desde este dia Salvador fué otro hombre: si bien no hacia la córte á Eulalia, no la huia como otras veces; las visitas del forastero no le eran enojosas, y aun hubo quien dijo una vez haberlos visto juntos por las esposas enruéjadas del bosque.

La señora Tuyas estaba contenta, y dejó de vigilar á Coloma tan rigurosamente como antes: solo esta, que lo veia todo por el prisma de su amor, estrañaba las frecuentes ausencias del jóven por mas que las legitimase siempre alguna poderosa razon. Lastimaba además la innata delicadeza de sus sentimientos, la indiferencia con que desde aquel dia fatal miraba las visitas de Peralta y, sobre todo, que no recibiendo de su madre sino escasísimas sumas, tuviese dinero.

Un dia, al arreglarle el cuarto, encontró tras de un arca un bolsillo con monedas de oro. ¡Si jugará! pensó, y un punzante escaño recorrió su cuerpo. Despues desechó esa idea, pues al verdadero amor le lastima toda inno- ble sospecha, y para la sencilla virtud de Coloma un jugador habia de ser un hombre malo.

Tres dias guardó el bolsillo esperando ocasion de entregarlo á Salvador. Al verle este, turbóse y preguntóle si lo sabia su madre.

—Ni ella ni nadie, respondió Coloma.

—Que nunca lo sepa; es producto de trabajos que ignora y que al tener noticias de ellos, acaso me vedaría.

(Se continuará.)

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

## MODAS.

Todo nace hoy bautizado con el nombre de *Dagmar*, que es el de esa bella é interesante niña del Norte, prometida esposa del gran duque heredero de Rusia.

Hay capa *Dagmar*, capelina *Dagmar*, peinado *Dagmar*, y cinturón *Dagmar*.

Este nombre, que quiere decir *virgen del día*, es de buen agüero en Dinamarca, de cuyo rey es hija esta encantadora princesa, que solo cuenta diez y seis años de edad: los daneses le dieron al principio del siglo XIII á una de sus reinas, Margarita de Bohemia, que se habia casado con Waldemar, llamado el *Victorioso*.

Esta reina *Dagmar*, ocupa un sitio muy honorífico en las antiguas tradiciones del Norte: fué, segun las crónicas, admirablemente bella y tan piadosa, como dulce y caritativa. Los pueblos del Norte están convencidos de que el nombre de *Dagmar* trae la dicha á los que lo llevan.

Tal es la poética aureola que, además de su belleza, circunda á la princesa de Dinamarca, hermana de la esposa del príncipe heredero de Inglaterra, y del rey Jorje I de Grecia; es decir, que dentro de algunos años, los hijos del rey Cristian se sentarán en tres de los tronos mas poderosos del mundo.

La princesa va á pasar algun tiempo en Niza al lado de la emperatriz de Rusia, madre de su futuro esposo; estas dos bellezas han puesto en movimiento á todas las mas famosas modistas de París, y tienen el privilegio de fijar la atención del gran mundo que se agolpa á Niza para conocerlas.

Dícese que se asemejan á una esbelta y delicada rosa, y á un capullo fresco y virginal.

Para la princesa *Dagmar*, segun nos escriben de París, se están haciendo dos trages muy sencillos: el uno es carmesí de glasé de este solo color: en la parte inferior de la falda, lleva algunos encajes negros cosidos pié con pié, y la union cubierta con un terciopelito negro; estos encajes, ligeramente fruncidos, forman ruches atravesados.

El cuerpo es alto y redondo con larga y ancha cintura de encaje, que se anuda por detras y descendiendo en largos cabos.

La manga, ajustada, lleva en la hombrera y en la parte inferior pequeños ruches de encaje, como los de la falda.

Otro es blanco, igualmente de glasé, adornado todo con franjas de madroños rosa y negros mezclados, lo que es del efecto mas gracioso y mas encantador: esta franja, que es bastante ancha, describe ondas en el bajo de la falda, y guarnece el escote cuadrado por delante y por detras; asimismo guarnece las mangas en la costura del codo y formando hombrera.

Estos dos trages son á la par graciosos, sencillos y elegantes, y aunque destinados á una princesa, pueden servir tambien para otras jóvenes de su edad.

Para niña de ocho á diez años, es muy bonito un traje de alpaca de invierno blanco, con motitas azules; el cuerpo, que tiene la hechura de una casaquilla abierta en el pecho, está bordado en el escote, al derredor y en la parte inferior de las mangas: cintura azul de glasé, que forma peto delante, y se anuda por detras, descendiendo en cabos flotantes.

Redecilla de seda negra, salpicada de cuentas azules, ó bien de seda azul lisa con lazadas de cinta azul sobre la frente.

Para niños de la misma edad, el mas conforme con los preceptos de la moda, es el traje *danés*, se compone de calzon y paletot de paño gris fino, abrochado por delante con doble fila de botones cuadrados de azabache: este paletot se guarnece todo al derredor de una cinta de terciopelo negro: las mangas, de codo, están listadas por siete terciopelos negros.

Toca de terciopelo negro con plumas blancas á un lado.

Ya veis, queridas lectoras, como nos ocupamos tambien, del adorno de vuestros niños.

Un *necessaire* de perfumeria es un lindo regalo, mis queridas lectoras, que con motivo de año nuevo podeis ofrecer á vuestra amiga ó á vuestra hermana: debereis ponerle, una caja de *crema de lirios*, para la tez: un lindo frasco de *agua de violetas* para lociones refrescantes: una pastilla de jabon de *Oriza*: otro frasco de *agua ambarada* para el pañuelo, y por fin otro de *crema duquesa*, para los cabellos: si le añadís dos bonitos peines de concha, un abanico y seis pares de guantes, todo esto colocado en la parte interior del *necessaire*, el regalo será completo.

Tambien llegan de París los foulards de la *Malle des Indes*, para este objeto; hay cajas con un solo traje, y cajas con seis: los dibujos son todos menudos y preciosos: la calidad excelente: el precio muy módico: por tanto, os aconsejamos, padres, hermanos y esposos galantes, que empeceis el año haciendo á vuestras lindas hijas é interesantes esposas un regalo, que, aunque de poco valor, es la significacion del cariño.

PAMELA.

## LABORES.

## Lado de los dibujos para bordados.

Número 1.—Abanico para bordar en aplicacion sobre tul de Brusélas. Algodon núm. 50. Se puede suprimir el ramo del centro y reemplazarlo por una cifra.

Núm. 2.—Punta de un pañuelo para bordar á plumetis sobre el dobladillo.

Núm. 3.—Otra id., para bordar á feston, y punto de escala alrededor: despues se guarnecerá con un encaje. Algodon núm. 60, hilo de caídos núm. 700.

Núm. 4.—Mitad de un cuello marinero para bordar á feston sobre el dobladillo: terminado se guarnecerá con un pequeño valenciennes.

Núm. 5.—Mitad del puño correspondiente á dicho cuello.

Núm. 6.—Parte superior de un calienta-pies, para bordar con soutache de oro sobre cuero encarnado con aplicacion de palmas de paño negro y blanco, sujetas por un punto de cadeneta.

Núm. 7.—Tira para el bajo del calienta-pies.

Núms. 8 y 9.—Costados del calienta-pies.

Núm. 10.—Entredos para bordar á punto ruso con lana negra para camiseta.

Núm. 11.—Entredos para enagua bordado con soutache: los cuadros del dibujo se relleñan con malla bordada.

Núm. 12.—Tira de feston y punto ruso para camisas.

Núm. 13.—A. S. á plumetis para sábanas.

Núm. 14.—A. S. id. para almohadas.

Núm. 15.—A. S. id. para pañuelos.

Núm. 16.—E. P. enlazadas, á plumetis para pañuelos.

Núm. 17.—L. V. id., id.

Núm. 18.—Agathe, á bodoquitos, rodeado de un cordoncillo.

Núm. 19.—C. M., á plumetis para camisas.

Núm. 20.—L. A. á plumetis y punto de armas.

Núm. 21.—J. E. á plumetis para sábanas.

Núm. 22.—J. A. á plumetis para pañuelos.

Núm. 23.—Leontine, á plumetis.

Núm. 24.—Amelie, á plumetis.

Núm. 25.—A. P. á plumetis para pañuelos.

Núm. 26.—A. V. id., id.

Núm. 27.—Henriette, á plumetis.

Núm. 28.—Marguerite, id.

Núm. 29.—Helene, id.

Núm. 30.—C. B. á plumetis y punto de armas para pañuelos.

Núm. 31.—A. D. á plumetis para pañuelos.

Núm. 32.—C. B. id., id.

Núm. 33.—D. E. id. para almohadas.

Núm. 34.—L. A. id. para pañuelos.

Núm. 35.—M. R. id., id.

Núm. 36.—L. L. V. id., id.

Núm. 37.—V. I. id., id.

Núm. 38.—A. P. id., id.

Núm. 39.—J. A. enlazadas, á plumetis para almohadas.

## Lado de los dibujos de crochet y malla.

Número 1.—Alfombrita para debajo de una lámpara que se ejecutará en lana céfiro negra y color de oro.

Núm. 2.—Servilleta para castañas ó para huevos: el roseton del centro puede reemplazarse por una cifra.

Núm. 3.—Encáje al crochet para guarnicion de cortinas de tocador. Algodon núm. 20.

Núm. 4.—Parte superior para un abanico de chimenea.

Núm. 5.—Tira de un gorrito de tres piezas, para niño de primera edad.

Núm. 6.—Costado de dicho gorrito. Algodon número 60.

Núm. 7.—Cuadrito que se une á otros de tela para velo de sillón, edredon, cubre pies, etc. Algodon núm. 25.

Núm. 8.—Cubierta de un acerico.

Núm. 9.—Cuarta parte de una cubierta de edredon. Algodon núm. 10.

Este dibujo puede servir tambien para velo de sillón suprimiendo la primera orla ó guarnicion, y haciendo el centro á la mitad de los medallones enrejados.

Núm. 10.—Cubierta de brazo de sillón correspondiente al número 9.

Núm. 11.—Cubierta de una caja para guantes.

Núm. 12.—Cuadro que sirve para debajo de una lámpara, añadiéndole alrededor la guarnicion núm. 13.

Núms. 13, 14 y 15.—Orlas variadas para guarnecer cubiertas de cama y cortinas. Algodon núm. 40.

Núms. 16 y 17.—Entredoses tambien para cubiertas de cama y cortinas.

Llamamos la atencion de nuestras amables suscriptoras acerca del magnífico pliego de dibujos que les damos hoy; é! solo nos cuesta casi el precio de la suscripcion: además del sin número de cifras y labores que contiene, son unas y otras tan delicadas y elegantes, que no dudamos merecerán su aprobacion, y en este concepto, damos por bien empleados nuestros sacrificios para complacerlas.

## PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINGUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—Imp. Española, Torija, 14.